

## **LAUDATIO DE LA DOCTORANDA D<sup>a</sup>. IRIS M. ZAVALA ZAPATA QUE PRONUNCIA LA DOCTORA D<sup>a</sup>. DOLORES RAMOS PALOMO EN APOYO DE LA PETICIÓN DE CONCESIÓN DEL SUPREMO GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA**

Excelentísima y Magnífica señora rectora de la Universidad de Málaga, ilustrísimas autoridades, compañeras y compañeros de la comunidad universitaria, señoras y señores:

Ha cambiado mucho la Universidad española desde que la joven María Elena Maseras obtuviera permiso del rector de la Universidad de Barcelona, en 1873, para cursar sus estudios en la Facultad de Medicina. El hecho se consideró excepcional y originó una intensa polémica sobre la conveniencia de que las mujeres se incorporaran a la vida universitaria. Ella fue la primera de una treintena de jóvenes españolas, que acompañadas por familiares, escoltadas por carabinas, sentadas en sillones preferentes y recluidas en los despachos de sus profesores en los intervalos de clase, se matricularon en diferentes universidades para cursar, preferentemente, los estudios de Medicina y Filosofía y Letras, antes de que finalizara el siglo XIX.

He querido recordar este registro histórico al inicio de una *laudatio* que reúne, por vez primera en la Historia de la Universidad española, a tres mujeres en el lugar que la tradición ha reservado durante siglos a doctos e ilustres varones: en la presidencia, nuestra rectora, que en breve recibirá a la nueva Doctora *Honoris Causa* y le otorgará los símbolos que van a distinguirla, en adelante, como Maestra y hermana en nuestra Universidad; la candidata, profesora Iris Zavala Zapata, catedrática de Literatura Hispánica y Crítica Literaria por la Universidad de Utrecht, cuyos numerosos méritos científicos la han hecho acreedora del honor que la Academia reserva para distinguir las mejores trayectorias intelectuales y científicas; y en el tradicional papel del padrino, dispuesta a defender, acompañar y asistir en su investidura a la nueva *Doctora Honoris Causa*, una madrina: la profesora que os habla.

Pido disculpas anticipadas si la emoción me impide leer con la serenidad debida este discurso. Recuerdo haberle oído decir a Margarita Duras que cuando los sentimientos nos embargan hay que hablar, es necesario hablar.

Quiero decir que la excepcional circunstancia que hoy vive la Universidad de Málaga fue ya vaticinada por la humanista veneciana Cristina de Pizán, en una de las grandes obras de la literatura utópica gestada en los albores del Renacimiento: *La ciudad de las damas*. El libro, que se conserva en la Biblioteca Real de París, constituyó una de las joyas expuestas en el Pabellón de Francia durante la última Exposición Universal de Sevilla.

Hoy, este acto de investidura –en el que el tiempo y sus laberintos han tenido algo que ver– es, ante todo, reflejo del largo camino recorrido por las mujeres en el transcurso de la más pacífica de las revoluciones que ha registrado la Historia y prueba de las transformaciones que ha experimentado la sociedad española y la institución universitaria en las últimas décadas.

Ahora, sólo ahora, podré presentar a la profesora Iris Milagros Zavala Zapata ante las dignas autoridades presentes, la comunidad universitaria y la sociedad malagueña aquí representadas. Navegaremos en el tiempo y nos adentraremos en mar abierta –con el atrevimiento de las sirenas que acosaron a Ulises, con la resistencia de Ulises– para encontrarnos en una isla del Caribe, su isla: Puerto Rico.

Iris Zavala nació en Ponce, ciudad de terratenientes y mercaderes, y creció entre mujeres. Su abuela, doña Suncha, su madre y sus tías la enseñaron a leer, a contar y a soñar mirando las estrellas, a bailar valsos y minuetos antes de acicalarse para

acudir a la novena. Pero fue en la botica de su padre, rodeada de recetas y jarabes, donde Iris exploró su primera enciclopedia: una edición del *Tesoro de la Juventud*, cuyas páginas encerraban el “Libro de los por qué”. Al repasarlo, su curiosidad se desplegó. Dibujos, fotos y textos llamaban poderosamente su atención. Fijó en ellos su mirada de “niña mala” -según la escritora colombiana Mercedes Ordóñez- y formuló su primera pregunta. Con el tiempo, esa mirada sería capaz de traducir lo no visto, lo no dicho, lo no oído, sería capaz de interpretar los silencios y de cuartear la escritura.

El primer viaje de Iris Zavala la condujo desde Ponce a San Juan. En la capital de Puerto Rico asistió a la Academia Católica, regentada por las monjas irlandesas. Allí descubrió a Shakespeare, Dickens, Carroll, entre otros escritores, entablando con ellos un fluido diálogo que aún no ha terminado. Su encuentro con los grandes maestros del exilio español del 39, los que paseaban su derrota, su nostalgia y su sabiduría por las calles del “viejo San Juan”, se producirá después.

La Universidad de Puerto Rico era una de las mejores de América. Estudiar en ella se consideraba un lujo, un derroche. En sus aulas impartían docencia el poeta Pedro Salinas, atento a la voz ausente que le inspiró inolvidables páginas literarias, el primero en abandonar la isla y el mundo; el poeta Juan Ramón Jiménez, unido siempre a la clara presencia de Xenobia Camprubí; el hoy casi centenario Francisco Ayala –viejo árbol de la ciencia-, que fundó la revista *La Torre*; el salmantino Federico de Onís, tan preclaro, tan adelantado que fue el primero en utilizar en los años cincuenta, en plena guerra fría, el concepto de *posmodernidad*.

Algunos libros nos deslumbran como sólo puede hacerlo un gran amor. La novela *Niebla*, de Unamuno, representó para Iris Zavala el primer encuentro con el Maestro, el descubrimiento de la filosofía y el conocimiento de las opacidades del lenguaje. Salamanca y su Universidad hicieron el resto. Iris Zavala se matricula en los Cursos de Doctorado, se aloja en la casa de Unamuno, pasea por las monumentales calles de piedra y conoce los machadianos campos de Castilla, tan diferentes a su Caribe natal.

Allí, en Salamanca, la esperaban Fernando Lázaro Carreter, Antonio Tovar, Enrique Tierno Galván, Raúl Morodo, Elías Díaz, la España que quería ser democrática. Allí la aguardaba, en una de las bifurcaciones del tiempo, la investigación que constituyó su tesis doctoral: *La crisis del teatro de conciencia en Unamuno*, un innovador estudio que selló su relación con el filósofo.

Fue el comienzo de una intensa labor intelectual que ha llevado a Iris Zavala a publicar más de cuarenta libros y casi dos centenares de artículos en numerosas revistas repartidas por “esos mundos de Dios”, como diría su abuela, mujer siempre enlutada por primas, parientes y amigas, que vio entrar a los norteamericanos en la isla de Puerto Rico. Habría que preguntarle a doña Suncha por su nieta. Saber qué piensa al verla desdoblarse en un cortejo de saberes enlazados por un hilo de Ariadna: el estudio de la modernidad que discurre por diferentes siglos hasta llegar a este que acabamos de estrenar y que no me atrevo aún a calificar como “nuestro”.

Iris Zavala es, igual que su admirada Sor Juana Inés de la Cruz, mitad “Caribe y peninsular de la otra orilla”. Es plural, como su escritura y los textos que lee y relee, que interroga con esa mirada de “niña mala” que ya conocemos, con una mirada de “loba de mar”, dice ella. Su trayectoria intelectual no puede abarcarse con una palabra. Es historiadora política, historiadora social, historiadora de las ideas, historiadora de la literatura, filóloga, ensayista, poeta, novelista, guionista de cine, maestra del lenguaje.

En su faceta de Historiadora política y social, no ha evitado viajes, ni esfuerzos, ni problemas a la hora de perseguir un documento raro, difícil, imposible, en archivos y bibliotecas. “No hay nada imposible para un corazón valiente”, afirma Jeanne D’Albret. El corazón de Iris lo es.

El resultado de esa incesante búsqueda se refleja en su obra histórica, que es referencia obligada para el estudio de los movimientos sociales y políticos españoles de los siglos XVII al XIX, no sólo por la novedosa documentación que aporta sino por el modo en que ilumina aspectos y acontecimientos hasta ese momento desconocidos, “sacando del armario” a los proscritos y heterodoxos de nuestra historia: masones, comuneros, románticos, utopistas, federales, anarquistas, bohemios, revolucionarios. Gentes iniciadas en sociedades secretas, vilipendiadas por la dictadura franquista, desterradas de los libros oficiales de texto y de casi todos los demás, gentes “con una extraña forma de vida” -como canta Dulce Pontes-. Gentes a las que había que buscar en las trastiendas de las librerías.

La intensa labor de la profesora Zavala en el ámbito de la historia de las ideas demuestra su interés por relacionar la filosofía y la ética. En este sentido, una de sus prioridades ha sido, sigue siendo, desentrañar las huellas del colonialismo, el poscolonialismo, la diferencia y la otredad en la cultura y el lenguaje. No en vano ha recorrido caminos con José Gaos, Vicente Llorens y Raimundo Lida, tres grandes humanistas, tres sabios liberales, tres conocidos hispanistas. Con ellos entendió que cada lenguaje constituye una tradición, que las referencias culturales son plurales, contradictorias, paradójicas, que lo que pensamos es efímero y que las personas y cosas que amamos nos aportan siempre algo, no todo.

El estudio de la historia literaria ha marcado con fuerza la biografía intelectual de la candidata al Doctorado *Honoris Causa*. La aparición de su *Historia social de la Literatura española* rompió moldes en plena Transición Democrática.

La *Breve historia feminista de la literatura española*, publicada en cinco volúmenes, está concebida con una mirada que no excluye ni silencia a las mujeres. Esta obra, presente en los departamentos de literatura española de todo el mundo, reseñada en Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Canadá, constituye una prueba del compromiso de Iris Zavala con los más avanzados discursos contemporáneos: los que hacen hincapié en la ética. Constituye también una muestra de su concepción del feminismo, que ella entiende como una tarea plural y colectiva, a la que están llamadas a participar las mujeres “de todos los mundos que coexisten en esta supuesta aldea global”; una tarea que debe propiciar un proceso de reflexión que nos permita a todos –mujeres y hombres- cuestionar viejos hábitos y formas de vida.

Iris Zavala está considerada por los especialistas como “una de las mejores filólogas del mundo hispánico”. La crítica ha señalado que el lado más innovador de sus propuestas reside en su inclinación a traspasar los límites, a recorrer las fronteras para indagar en las zonas más sensibles y dolorosas de nuestra identidad cultural. Su búsqueda de lugares encuentro entre los diferentes saberes fragmentados por las ciencias, arroja innovadoras luces sobre la complejidad de la experiencia humana.

Es Maestra en el arte de revelar los tesoros de “la lengua”, tan poco transparente, tan impenetrable, tan contradictoria. Maestra también en los signos del lenguaje, que siempre nos posee, nos sorprende y nos traiciona. O decimos de más, o decimos con torpeza o no decimos, pero en ese no decir está lo que decimos, lo que cuenta en realidad. A lo mejor por eso nunca se acaba de decir del “viejo San Juan” su verdadero nombre: San Juan Bautista. Por abreviar, por sobreentender, o quizá por olvidar que entre los santos Juanes el Bautista fue el más heterodoxo.

Para desarrollar su método crítico Iris Zavala ha convocado a Platón y a Hegel, a Marx y a Freud, a Foucault y a Derrida- recientemente desaparecido-. A Lacan y a Bajtin, el creador de la dialogía, teoría que ella ha introducido en el mundo hispánico con un sentido abierto y personal.

Los libros *Escuchar a Bajtin* y *Bajtin y sus apócrifos* encierran, junto al dúo formado por el propio Bajtin y Zavala, una amplia polifonía de voces de la lengua hispana: Teresa de Ávila, Sor Juana Inés de la Cruz, Góngora, Unamuno, Ruben Darío, Valle-

Inclán, Neruda, Borges, y otras tantas voces de otras lenguas y escrituras que la tiranía del tiempo me impide citar.

Que hablen los textos. Que dialoguen los tiempos. Que el pasado responda al presente. Que el futuro le hable al pasado. Que Newton, Einstein, Proust y Dostovieski se encuentren y discutan. Que la Física es también Literatura. Que el teorema de Fermat se lea como un poema. Que cada autor converse con su doble y cada texto re-encuentre, en la medida de lo posible, a su autor.

Nuestra Doctoranda se ha mantenido fiel a la costumbre que de niña le inculcó su madre: aprender en el diccionario palabras con la A, con la B, con la C... Sus libros de poemas, novelas y ensayos, indican que en aquel juego infantil llegó hasta la Z.

Al afrontar su primera experiencia como autora lírica, publicó un breve manifiesto poético: *¿Qué puedo decir yo de la poesía?*: “De vivir en los años veinte diría que un poema es ponerle bigotes a una fotografía de Nixon, cortarle las uñas a los tigres de papel, trasladar la Torre Eiffel a Nueva York ... Pero ya que mi reino es de este mundo, sólo puedo concebir la poesía como expresión del grito de las calles. Un poema es un frente popular, una persistencia de lucha, construir el mundo con palabras y metáforas que se opongan, que se encuentren en tensión y luchan”.

Así es Iris Zavala. Vanguardista, contestataria y moderna. Tres rasgos que la alejan de la triste condición de los muertos.

Esos rasgos afloran en su obra lírica: *Poemas prescindibles*, *Escritura desatada* y *Que nadie muera sin amar el mar*, su último poemario, donde recurre a diferentes metáforas oceánicas para explicar la trayectoria del amor y el deseo, hasta convertirlos en pura memoria, bellas tarjetas postales.

Afloran también en su narrativa: la novela *Kiliagonía*, centrada en el Ponce autobiográfico de sol ardiente, historias familiares y triángulos edípicos de su juventud. *El libro de Apolonia o de las islas*, con el que obtuvo el Premio del Pen Club en 1994. *Nocturna mas no funesta*, una incursión por el amor, la ausencia y la soledad en la mujer, y *El sueño del amor*, la historia de una original educación sentimental a través del Caribe, la revolución, los mitos griegos, los viajes, las amistades y los “amores difíciles”.

El bolero, como la copla española y el tango, ha acompañado a varias generaciones de peninsulares de las dos orillas. Iris Zavala le ha dedicado un ensayo, reconocido con el Premio Pen Club en 1992. El texto nos recuerda que necesitamos la ley para ser inmensamente pecadores. Tal vez por eso en cada una de sus páginas encontramos la nostalgia, el deseo, la necesidad del Otro, o de la Otra.

Iris Zavala se pregunta qué hubiera sucedido si Marilyn hubiera cantado boleros... Que sepamos, la rubia actriz no los cantó... Pero Olga Guillot sí, con ronca voz de *Fedra*. Los cantaron Machín, Bola de Nieve y Los Panchos, con sus voces blancas, casi de *castrati*. Y Ruth Fernández, la negra de Ponce, con una voz de chelo, según Pablo Casals. Nuestra autora aborda esas ambigüedades y androginias, y destaca cómo el modernismo, tras la muerte de Rubén Darío, se adentra en el bolero, cuyas letras se pueblan de “ojos soñadores”, “serpentinadas” y “pájaros azules”.

El malestar en la cultura recorre las páginas de *El rapto de América o el síntoma de la modernidad*, uno de los últimos ensayos de la profesora Zavala. Se trata de un malestar presente en los fusilamientos del 2 de mayo, en las guerras carlistas, en la destrucción de la maquinaria industrial en Alcoy y Barcelona, en la libertad de trabajo y en la libertad para morirse de hambre, en la soledad de Bécquer, en la angustia de Unamuno, en la nostalgia de Rosalía de Castro, en la turbación amorosa de Antonio Machado, en la locura de Valle, en la desesperanza de Galdós.

Ese malestar llevará a Rubén Darío a denunciar la fiebre del oro de los nuevos “calibanes” que beben whisky en vez de vino, comen carne, caminan por las calles a la

caza del dólar y confunden el “dulce hogar” con un talonario de cheques. La lujuria económica del Tío Sam es el Otro que amenaza la lengua, la literatura hispanoamericana, la historia social y política de todo un continente. El canto del cisne de Darío esconde, en realidad, el grito ahogado por “el rapto de América”. Iris Zavala nos lo ha desvelado.

A la vista de esta versatilidad intelectual, María Zambrano diría que la profesora de Puerto Rico ha ido re-naciendo cada día en su escritura, en su labor como conferenciante, en su docencia, desarrollada en su país natal y en diferentes universidades de México, Estados Unidos, Holanda y España.

Sus periplos la han traído a la Universidad de Málaga en diferentes ocasiones. La más reciente, el pasado mes de julio, para participar en los Cursos de Verano de nuestra Universidad, en Ronda. Pero antes ya había impartido otros seminarios, ponencias y conferencias, de los que hay constancia en la Colección Atenea.

Sus lazos con el Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer son afectuosos y cálidos. Su mayor gesto de complicidad hacia las mujeres que lo formamos es, a la vez, síntoma de su enorme generosidad: la donación de su Biblioteca y archivo personal al Seminario. Este legado pasará a la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras con el nombre “Fondo Iris Zavala”. Darle las más sinceras gracias, es decir muy poco. Darle las gracias por tenerla entre nosotros, por poder disfrutar de su pensamiento crítico y ético, sigue siendo poco. Pero, afortunadamente, una experta en descifrar palabras y silencios como es ella sabrá entender lo que callo.

La vida le ha dado ya a probar merecidos laureles: el Premio Nacional de Literatura en su país natal, en tres ocasiones, el Doctorado *Honoris Causa* por la Universidad de Puerto Rico, y el Lazo de Dama de la Orden del Mérito Civil, condecoración que le impuso el Rey Juan Carlos en 1988.

Considero, llegado este momento de la noche, que la trayectoria intelectual y las aportaciones al conocimiento de la candidata han quedado sobradamente demostradas. Solicito, pues, a la Excelentísima y Magnífica Señora Rectora de la Universidad de Málaga, a propuesta de la Facultad de Filosofía y Letras, con el respaldo del Claustro universitario, y como historiadora en ejercicio, con el mandato de todas las mujeres, conocidas o anónimas, que a lo largo de los siglos han luchado por abrirse camino y abrir espacios en la sociedad, le sea concedido a la profesora Iris Milagros Zavala Zapata, preclara hija de la ciudad de Ponce, Puerto Rico, el supremo grado de Doctora *Honoris Causa*.